

## CAPÍTULO XXIII.

Los Jesuitas en España. — Traslacion del cuerpo de san Francisco de Borja. — Consulta Felipe III al P. Jaime Ruiz de Montoya sobre la creacion de un nuevo impuesto. — Opónese el Jesuita. — Su contestacion. — Muerte de Felipe III. — Nuevos colegios. — Los Jesuitas quebrados en Sevilla. — Acusaciones contra ellos sobre esta materia. — Pujanza del Instituto en Portugal. — La conspiracion de 1640 y la casa de Braganza. — Política de los Jesuitas. — Luisa de Guzman, duquesa de Medinasidonia, y el P. Correa. — Insurreccion de Evora. — Es proclamado rey el duque Juan de Braganza. — Apóyase en los Jesuitas. — Son expulsados estos de la isla de Malta. — Motivos de su expulsion. — Los PP. Talavia y Cassia. — *El Teatro jesuítico*. — Antonio Arnauld y Vertot. — Carta de Luis XIII al Gran Maestre Lascaris. — Son restituidos en Malta los Padres. — Gustavo Adolfo y Tilly. — Principio de la guerra de los Treinta Años. — Los Jesuitas en los ejércitos católicos. — Sus progresos en Alemania, Bohemia, Hungría, Polonia y en las fronteras de Rusia. — Los *Monita secreta* condenados por la Santa Sede y los obispos polacos. — Movimiento en favor de los Jesuitas. — El metropolitano ruso y los Padres del Instituto. — Colegios fundados en Polonia. — La universidad de Cracovia y los Jesuitas. — Sublévase contra el rey Segismundo. — Sus cartas de queja á las demás universidades. — Primeros triunfos de Gustavo Adolfo. — Atácale Alejandro Corvino y le derrota. — El P. Pazmany, misionero en Hungría. — Es nombrado arzobispo de Gran. — Sus triunfos. — Lucha de los Jesuitas con los protestantes alemanes. — Saquean los Luteranos los colegios de la Compañía. — Los Jesuitas en el ejército de Maximiliano de Baviera y en el de Wolfango de Neuburgo. — La peste y los Padres. — Persíguelos Betlem-Gabor. — Concluye este el tratado de paz, abdicando la corona de Hungría. — Muerte de los PP. Juan Pfüffer, Wisman y Thelen. — El duque de Friedland funda un colegio á la Compañía. — Cristian de Brunswick y su bandera. — Muerte del P. Martin Becan, confesor del emperador Fernando II. — Juramento del Emperador. — Maximiliano de Baviera, Tilly, Walstein y Piccolomini. — Retrato de Fernando II. — Su política y carácter. — El P. Guillermo Lamormaini, su confesor. — Influencia de los confesores. — Los Jesuitas en Moravia. — Esfuérganse los Protestantes en paralizar sus triunfos. — La persecucion y la guerra. — Richelieu sondea los Protestantes. — Fernando II, aconsejado por el P. Lamormaini, confisca los bienes eclesiásticos de que se habian apoderado los Luteranos. — Edicto de restitution. — Carta de Scioptius, pidiendo que los referidos bienes pasasen á los Jesuitas. — Política de estos en la mencionada cuestion. — Jesuitas asesinados por los Protestantes. — Tratado entre Francia y Suecia. — Gustavo Adolfo se compromete á patrocinarse á los Jesuitas. — Carta de Luis XIII al mariscal Barinier. — Batalla de

Lutzen. — Muerte de Gustavo Adolfo y de Tilly. — Una vez vencedor Fernando, realiza su idea católica. — Sus medidas de rigor. — Destierra de su imperio á los ministros protestantes. — Su muerte. — Sitio de Praga. — El P. Plachy y los estudiantes de la universidad. — Corona mural consignada al Jesuita, y carta del Emperador. — Los Jesuitas en presencia del luteranismo vencedor. — Dirígense á Holanda. — Progresos del catolicismo. — *Occultus Mercatus Jesuitarum*. — Los Gomaristas y Arminianos. — Mauricio de Nassau y Barnevelt. — Division de ambos partidos. — Sínodo de Dordrecht. — Ejecución de Barnevelt. — Aprovechase los Jesuitas de este suceso. — La peste de Mansfield, en Bélgica. — Muerte de los PP. Coster, Lessio y Saily. — Los Jesuitas entre los apesados y prisioneros protestantes. — El P. Guillermo de Pretere convierte á Felipe de Mansfield, prisionero en Amberes. — El P. Florencio de Montmorency. — Nuevos colegios. — El P. Boddens recibe la abjuración del duque de Bouillon. — Conspiración de los católicos de Utrecht contra los Luteranos. — Acusan á los PP. Boddens y Paesman. — Suplicio de ambos Jesuitas.

El último eco de las tormentas que habian agitado á la Compañía de Jesús resonaba todavía en los ángulos de la monarquía española, cuando el nuevo general, Mucio Vitelleschi, se ocupaba desde el año de 1616 en cicatrizar la herida interior que tantas pasiones puestas en juego habian desarrollado. Reinaba la discordia entre los Jesuitas de la Península, y queriendo reunirlos en un mismo pensamiento, les llama á las obras exteriores. Las campiñas de Aragon, Andalucía y Castilla, y las montañas de Asturias abrigaban en su seno un gran número de cristianos pobres é ignorantes, y anhelando sacarlos del abandono en que yacian, dió orden á los Padres residentes en Gandía, Tarragona, Bilbao, Salamanca, Tortosa, Cádiz, Barcelona, Santiago, Jaen, Leon y Zaragoza, que vayan por los pueblos á llevarles la palabra de Dios y los consuelos de la fe; comunicando las mismas órdenes á los Jesuitas residentes en Sassari, con respecto á la Cerdeña, y á los de Portugal, que no se habian cuidado de aguardarlas. Mientras que las discusiones teológicas y las intrigas monásticas cedian el puesto al movimiento apóstólico y á las inspiraciones de la caridad, á fines del año de 1617 trasladaron de Roma á Madrid, en medio de las aclamaciones populares, el cuerpo de Francisco de Borja, á quien la Iglesia debia colocar en el número de los bienaventurados el 24 de noviembre de 1624: la España entera se anticipaba á la Santa Sede tributando su homenaje á un Santo, cuya vida habia honrado á la humanidad, y cuyas virtudes eran un título de gloria para la Sociedad de Jesús.

Colgáronse las fachadas, y hermoseáronse las calles por donde pasó el cortejo fúnebre con esa profusion que embellece á la misma muerte, asociándose á los festejos el mismo Felipe III y el duque de Lerma, nieto de Francisco, quienes fundaron á los Jesuitas nuevos colegios; mas esta proteccion y estos beneficios no les distrajeron del cumplimiento de su deber, como lo probaron en 1618 al Monarca y á su ministro.

Encontrándose Felipe por un momento apurado, creyó cubrir el déficit de sus rentas imponiendo á los habitantes de Sevilla una nueva contribucion. Expidió un decreto á este efecto, encargando á los magistrados que lo hiciesen ejecutar. Existia á la sazón en dicha ciudad un Jesuita, llamado Jaime Ruiz de Montoya, que, por la profundidad de su ciencia y la sabiduría de sus consejos, habia llegado á ser el oráculo de la poblacion, y creyendo el Rey que el impuesto proyectado no encontraria obstáculo alguno si el P. Montoya le prestaba su apoyo, encargó al duque de Lerma que tratase de sondearle, prometiéndole en su nombre que si llegaba á convencer á los magistrados y moradores de Sevilla, se empeñaria él mismo cerca del sumo Pontífice para obtener la publicacion de su obra sobre los auxilios de la divina gracia. Alarmado el Padre al escuchar esta proposicion que pretendia cubrir un impuesto ilegal con el velo del amor propio de un escritor, contestó: « Es verdad que en todas las cosas deseo someterme á la voluntad de mi Soberano; pero con respecto á esta nueva gabela, que seria una manifiesta opresion, prefiero quemar con mi propia mano todas las obras, fruto de mis trabajos, que aprobar la orden del Rey.» Este Principe era absoluto, y sin embargo, no pudo menos de aplaudir tan generosa libertad, y su decreto no fue puesto en ejecucion.

Tres años después, en 1621, y cuando apenas habia cumplido Felipe los cuarenta y cuatro de su edad, hallándose este Monarca á las puertas del sepulcro, mandó llamar al P. Gerónimo de Florencia, el Bourdaloue español; y como si quisiese dar al Instituto una última y solemne prueba de confianza, quiso morir en sus brazos. Apenas hubo Felipe IV tomado las riendas del Estado, cuando proponiéndose otorgar á los Jesuitas un grado mayor de influencia que el que habian tenido bajo su predecesor, estimuló á sus súbditos á edificarles colegios, á los que concedió una multitud de prerogativas. El plan que se habian propuesto los Pa-

dres no era ciertamente el de concentrar la educacion, distribuyéndola únicamente á las clases privilegiadas: llamaban á los hijos de los pobres y á los herederos de las casas nobles á disfrutar en comun del beneficio de la instruccion; y estableciendo la igualdad cristiana, la hacian reinar sobre la juventud, para grabar su principio en el corazon de los hombres. Mientras que Hdefonso de Santa Ana en Orense, Pedro Miralles en Segorbe, Francisco Royo, obispo de Cusco, en Baeza, Lorenzo Diaz en Moron, Antolinez de Burgos, obispo de Tortosa, Mateo Boterello y el Dr. Gerónimo Astor, en esta ciudad, y Miguel Simoneto en Palma, secundaban las miras de la Compañía, fundándola nuevos colegios; las ciudades de Manresa, Vich, San Sebastian y Alicante se los erigen tambien. Todo sonreía al Instituto en la Península; todo le era favorable y halagüeño, y con dificultad se hubiera podido descubrir en el horizonte ibero una sola nube en el espacio de treinta años. Porque aunque es cierto que en este intervalo aparecieron los folletos del Dr. Juan Espino contra el Jesuita Poza y la Sociedad entera; las querellas suscitadas por este heredero de Melchor Cano, así como la *Epifania*, dada á luz por el italiano Francisco Reale, son indignas de ocupar un lugar en la historia, á pesar del incontestable talento que encierran estas obras. Un hecho solo, mas no verificado en España, sino en Francia, donde el espíritu de partido no se adormece nunca, vino en 1646 á dar nuevo pábulo á las acusaciones. Era una primera experiencia de la bancarota del P. La Valette, que si produjo menos eco que la misma bancarota, dimanó de un mismo pensamiento, y suscitó las mismas injurias.

Habia en la Península un gran número de casas y de colegios, que se hallaban en una casi completa desnudez. Era uno el de Sevilla, cuyo administrador temporal era un hermano coadjutor, quien deseando procurar algun bienestar á aquella casa, se dedicó al comercio. Hizo empréstitos, aglomeró capitales, y los impuso sobre buques, esperando aumentar las provisiones sin que los Padres lo supiesen; pero frustrados sus cálculos por los vientos y las olas, se tragó el mar su capital, ó fue consumido en falsas especulaciones. Sus acreedores, que al otorgarle su confianza habian creído que disponia de sus fondos en nombre de los demás Jesuitas, cerciorados de su malversacion, reclamaron contra estos últimos, quienes afirmaron no haber sabido nada del suce-

so sino por el rumor público, que les acusaba; pero no obstante, obraron como exigia el honor de la Sociedad y su conciencia. Después de declarar que todos los acreedores serian reembolsados, lo que en efecto se verificó, el hermano coadjutor, que por un culpable celo los habia comprometido, se vió expulsado de la Orden; y pobre, después de haber experimentado tantos reveses de fortuna, jamás acusó á nadie mas que á sí mismo. Tales son los hechos. Sin embargo, los autores de la *Enciclopedia* en el artículo *Jesuitas*, no se han tomado siquiera el trabajo de examinarlos, y se contentan con decir: « En 1646 hicieron los Padres en Sevilla una bancarota que sumió en la miseria á muchas familias. »

Este asunto, tan sencillo en su origen y consecuencias, suministró á los adversarios de la Sociedad un texto fecundo en hipéboles. Los Jesuitas se ven condenados á no ejecutar cosa alguna de lo que hacen los demás hombres: se les supone una idea, un objeto en el acto mas indiferente, y se les juzga con pasión, porque se supone que todo es inspirado y dictado por una voluntad inmutable. Mas para comprender mejor el partido que pueden sacar los ingenios preocupados de una imputacion aislada, cuya solidaridad afectan pertenecer á toda una corporacion religiosa, creemos deber reproducir la mas enérgica invectiva que haya provocado este hecho, reducido á sus justas proporciones. Es una acusacion terrible encerrada en pocas páginas, y que citamos para demostrar cuán diestra es para aumentar los objetos una animosidad encarnizada.

« ¿Á dónde van á parar todas esas riquezas que se extraen del Paraguay por medio del comercio? » se pregunta el jansenista Quesnel, y se responde en seguida: « Mantener un ejército de sesenta mil hombres; fundar y alimentar colonias; hacer armamentos considerables para los indios y para la Europa; mantener hasta dos mil esclavos en una sola casa; sostener guerras contra unos enemigos celosos de las inmensas riquezas adquiridas por medios indignos; procurarse la entrada en las naciones donde no se puede todavía penetrar; enviar embajadas para solicitar el volver á aquellas de que han sido expulsados; proveer á los inmensos gastos de una Compañía, que desde su establecimiento no ha hecho otra cosa mas que correr de un extremo del mundo al otro; pagar en casi todos los puertos del universo comisionados y factores, bajo cuyo nombre se verifica el comer-

«cio; asalariar espías en todas las cortes; comprar á dinero con-  
«tante la direccion de la conciencia de un monarca, de cuya de-  
«bilidad se abusa para gobernar sus Estados á la sombra de su  
«nombre; separar de su lado á los ministros perspicaces para  
«reemplazarlos con otros, con cuya adhesion se cuenta; comprar  
«dignidades y cargos para investir con ellos á los sujetos que se  
«les han vendido; hacerse árbitros del destino de las coronas;  
«decidir de la paz y la guerra; negociar alianzas y matrimonios  
«aun entre los príncipes; sublevar á los pueblos contra ellos  
«cuando no satisfacen todas sus exigencias; suscitar y pagar ase-  
«sinos para deshacerse de ellos cuando disgustan; tramar con-  
«juraciones contra los Estados, tanto en los que no han podido  
«penetrar, como en los que los han colmado de beneficios; ha-  
«cerse á precio de oro y de lisonjas con los favores de un tribu-  
«nal, del que se dispone después de doscientos años, y del que  
«no ha emanado un decreto que no haya sido, digámoslo así,  
«dictado; ponerse en disposicion de resistir, contra viento y ma-  
«rea, á todas las potencias, tanto espirituales como temporales;  
«apoyar contra toda la Iglesia la extraña corrupcion introducida  
«en su moral y doctrina, conservadas en su pureza hasta la ac-  
«tualidad; provocar persecuciones de las mas violentas contra  
«sus mas celosos defensores; pensionar á los ministros de su fu-  
«ror y de sus venganzas; remover de todos los empleos á los su-  
«getos de mérito que pudieran ocuparlos; pretender estos mismos  
«empleos para sí ó sus criaturas; corromper á fuerza de dinero ó  
«presentes la integridad de un juez, y aun á veces la de un se-  
«nado ó un parlamento entero, ante el que producen sus injus-  
«ticias y crímenes; sofocar por los mismos medios el rumor que  
«esparcen en el público los excesos mas escandalosos; sobornar  
«falsos testigos para perder á los inocentes, ó para arrebatara la  
«fortuna del huérfano ó de la viuda; ganar á los escribanos para  
«ingerirse en los testamentos, ó para comprometerlos á extender  
«actas falsas; derramar el oro para pagar gentes que preconicen  
«sus acciones; asignar pensiones á otros para que contrabalan-  
«cen por medio de panegíricos, tan falsos como fastuosos, el  
«odio del público, que tan justamente se han acarreado por sus  
«rapiñas y crímenes; hacer imprimir á su costa esos volúmenes  
«enormes de historia, en los que la verdad se encuentra falsifi-  
«cada, y que solo se hallan en las bibliotecas, porque se las han

«dado de regalo, distribuir á sus beatas esos fastidiosos compen-  
«dios de relaciones apócrifas que nadie compra ni lee, porque  
«es sabido que se hallan atestados de imposturas; dar á luz pú-  
«blica y despachar esos libelos infamatorios y sediciosos, de que  
«han estado inundadas por tanto tiempo la Inglaterra, Francia,  
«España, los Países Bajos y muchos otros reinos; formular pro-  
«cesos á todo el género humano; suscitar contiendas; originar  
«disputas; excitar odios; perseguir por toda la tierra de un mo-  
«do tan cruel como indigno á los patriarcas, obispos y demás  
«ministros de Jesucristo; humillar y perder á cuanto les des-  
«agrada; en una palabra, encender y conservar en todo el uni-  
«verso la fatal tea de la discordia que en él impera hace mas de  
«doscientos años. ¿Se ejecutan por ventura todas estas cosas sin  
«desembolsos inmensos? pues hé aquí el uso que han hecho y  
«hacen los Jesuitas de esos tesoros, que tan justamente les acri-  
«minan haber adquirido por medios tan indignos como crimi-  
«nales.»

Quizás sea esta la primera vez que una causa tan mínima ha producido tal explosion de elocuencia: pero como en vez de una discusion encontramos el extravío de una animosidad sin limites, estas líneas tan vehementes, dictadas por la injusticia de un mal sacerdote jansenista, serán para nosotros una leccion de imparcialidad; mucho mas cuando siéndo el deber del historiador el de limitarse á referir, narramos los hechos tales como los hallamos después de serios estudios.

En Portugal, sometido á la dominacion española, y que habia pasado á ser una de las provincias del imperio formado por Carlos V y su hijo Felipe, era idéntica la marcha del Instituto; extendíase el poder de los Jesuitas, aumentábanse sus riquezas, y se multiplicaban sus colegios, siendo la protectora del de Coimbra doña Beatriz de Lara, viuda de Pedro de Médicis. La ciudad de Santarem seguia en 1620 el movimiento que en 1617; inauguran las de Portalegre y Faro; pero estas prosperidades siempre en aumento, se veian amenazadas de hundirse bajo el huracan de la revolucion. Felipe IV carecia del vigor necesario para sostener en sus sienes el peso de la corona de Portugal que le legara su abuelo. El orgullo del ministro omnipotente, el duque de Olivares, arrastraba al Gobierno español á cometer unas faltas políticas, que le hacian decaer poco á poco del rango á que habia llegado á

elevarse; al paso que la dinastía austriaca se enervaba en las solitarias pompas del Escorial, acaeciéndola lo que á todas las razas de soberanos afortunados, que ignoran el modo de prepararse en la ventura á hacerse superiores á las calamidades, ó para cubrirlas con su sangre, como con una especie de bautismo regenerador.

El reino lusitano, impulsado secretamente por el gabinete francés, aspiraba á la independencia: conspirábase en las ciudades, en el pueblo, en las universidades y en el ejército; la conjuración germinaba en todos los corazones, si se exceptúa el del duque de Braganza, único que iba á recoger sus frutos. La separación era inminente, y los Jesuitas podían trabajar en ella con éxito. Teodosio, Fulgencio y Francisco de Braganza trataron de atraerlos á su partido. Entre todos los príncipes que ambicionaban la diadema de su familia, solo existía una persona de genio y valor, Luisa Guzman de Medinasidonia, esposa de Juan de Braganza. Esta mujer intrigante y audaz, de concierto con Pinto, uno de esos aventureros que suelen poner el genio para la intriga al servicio de una causa, improvisó conspirador á su esposo, esperando crearle rey á pesar suyo; pero era indispensable obtener el resultado de la conspiración, ó por lo menos la neutralidad de los Jesuitas.

Habían ya estos asistido á tantas conmociones políticas, y se habían visto mezclados en tantos sucesos, que sabían ya por experiencia que los mas activos promotores de las revoluciones son los que menos partido sacan de ellas. No ignoraban tampoco que los héroes de insurrección desaparecen después del triunfo que podrían comprometer con sus exigencias; ni se les escondía que después de embalsamarlos en su estéril gloria, los sepultan en la oscuridad, dejándoles maldecir al poder y acusarle de ingrato, hasta el día en que se siente bastante vigoroso para proscribirlos ó encadenarlos. Entonces los que han aguardado hasta el fin de la crisis para adoptar una bandera, les suceden en los empleos y honores, ya porque jamás puede ensalzar el principio de insurrección todo Gobierno que tienda á regularizarse, como porque si se ha valido de ella para instalarse, tiene con precisión que destronarla para no ser destronado por ella. Todas estas cosas estaban al alcance de los Padres, que colocados entre su deber de portugueses y la obediencia debida al Soberano, se encontraban en una posición difícil.

El sentimiento de independencia nacional electrizaba muchos corazones; pero como los mas prudentes deseaban permanecer en expectativa, sin tomar parte alguna hasta que fuese proclamado el vencedor, semejante actitud alejaba á los Jesuitas del teatro de la acción. La duquesa de Braganza no se resignaba, sin embargo, á semejante táctica. Convencida de que el influjo de los Padres era indispensable á sus proyectos, se atrevió á impulsarlos á que se pronunciasen; y cuando en 1635 empezaban ya á madurar sus planes, se presentó Juan de Braganza en la ciudad de Evora. Sus partidarios habían sabido dotar á este Príncipe tímido de todas las virtudes heroicas, preconizándole un hombre extraordinario; y el pueblo le acogió desde luego como la última tabla de salvación, saludó su llegada con aclamaciones entusiastas, improvisó fiestas por todas partes, especialmente en la Iglesia. Allí eligieron los habitantes al Jesuita Gaspar Correa para que predicase delante de él formando su panegirico, y terminó su discurso con estas palabras: «Yo mismo he de ver, ó Príncipe, sobre vuestra «cabeza la corona... de gloria, á donde plazca al Señor llevarnos «á todos.»

Esta suspensión del orador había lisonjeado con demasiada vivacidad el delirio de sus oyentes para dejar de excitar aplausos sin fin: solo un corazón había permanecido indiferente al advenimiento de los Braganzas, que esta multitud creía profetizado en aquella reticencia; el del duque D. Juan, quien retirado todo el día en el colegio de los Jesuitas, según dicen los manuscritos de la Compañía; se abstuvo siempre de proferir una sola palabra que hubiera podido infundir sospechas de que aspiraba á la corona. Dos años después, el de 1637, dejándose sentir los resultados de este acontecimiento, la alusión de Correa pasó á traducirse como una insurrección, siendo la primera y la única que señaló la revolución portuguesa de 1640.

Olivares había dictado á Felipe IV un decreto, en que se mandaba que se hiciese el censo de las rentas de Portugal, exigiendo el quinto por una vez solamente; pero los habitantes de Evora creyeron que semejante promesa era ilusoria, y que una vez entrase el Gobierno español en la senda de la arbitrariedad, no sabría salir de ella. Jamás se ofreció pretexto mas plausible á la revolución: explotáronle los amigos de Braganza, y comunicándose el fuego de la insurrección de ciudad en ciudad, desde el punto